

Francisco Coloane: "El Témpano de Kanasaka"

1.º - IX - 68

Por HERNAN DEL SOLAR

Durante largo tiempo celebraron con entusiasmo los comentaristas cada nuevo aporte geográfico a nuestra literatura. El escritor que lo traía era considerado descubridor de tierras. Las conquistaba con un libro y podía colonizarlas a su antojo. Tal vez por eso muchos narradores salían de excursión por el país y de repente enloquecían de júbilo cuando daban con algún rincón nunca hollado por otros escritores. Lo curioso del caso es que, casi siempre, los descubridores trataban de que sus tierras parecieran únicas, totalmente distintas a las conocidas hasta entonces, y se entretenían describiéndolas, enumerando sus plantas y sus pájaros, sus ríos y sus cerros. En cuanto a sus habitantes, parecían no importar gran cosa a los escritores. Eran muy parecidos los unos a los otros, casi no se diferenciaban en sus costumbres, sus vestimentas y su destino. Si las tierras eran diferentes cada vez, como la fotografía literaria intentaba demostrarlo, las gentes que en ellas vivían daban la impresión de ser traídas por el narrador desde cualquier parte, sometidas a la obligación de acomodarse allí donde se las pusiera.

Francisco Coloane impuso a los comentaristas otra manera de considerar las cosas. Si se le celebró con alegría al recibirlo —como también en cada nueva obra, hasta hoy— hubo que revisar la costumbre de acoger a los descubridores y modificarla. Porque sucedía que Coloane aparecía hecho un auténtico conquistador de tierras, y éstas resultaban por completo diferentes de las ya incorporadas a nuestra literatura, pero llegaba con una novedad de vital importancia: los habitantes de esas tierras no se asemejaban a los de otros del país, poseían características propias, eran como de otra raza. Solían serlo, por lo demás. Había, junto a los nativos, algunos ingleses, o yugoslavos, o nórdicos, tipos de regiones muy lejanas, que por ahí plantaban su vida, sin ninguna gana aparente de verla florecer, aunque resultos —como es muy humano— a no permitir que manos entrometidas la troncharan.

Llamó hondamente la atención que un escritor asomara con un aporte desacomodado. Bien estaba, por cierto, que trajera a la literatura nuevas tierras, por inhóspitas que fuesen, pero resultaba sobradamente inesperado que pusiera a vivir en esas zonas a unos hombres no catalogados todavía por nosotros. Esta curiosa impresión la revela muy bien, en su prólogo, Yerko Moretic, al decirnos: "Coloane ingresó rudamente en la literatura chilena, sin miramientos de ninguna especie, sin elegancias aparentes, más preocupado de contar lo que traía en los ojos y en el corazón que de garantizar los fueros de la gramática, la eufonía de las frases o la ingeniosidad de las figuras, aunque pronto depuró su idioma de las asperezas iniciales hasta obtener —sin perder ninguna característica vital— uno de los estilos más armónicos, en su estructura interna, de toda la literatura nacional".

Esa rudeza sin miramientos de que nos habla Moretic equivale, con otras palabras, a una furiosa arremetida. ¡Qué vamos a hacerle! Los vocablos son engañadores y —aunque aquí no mienten— están sugiriéndonos una actitud que nunca tuvo Coloane. Vino a la literatura con su mejor cortesía. No deseaba asustar ni herir a nadie. Quería que se le acogiera tan cordialmente como él, en sus lecturas, acogía a los narradores de su agrado. Aspiraba —eso es— a agradar. Y el hecho es que si a muchos agradó, por la fuerza natural de sus relatos, a no pocos les puso los pelos de punta porque su vigor narrativo

atropellaba ciertas buenas costumbres gramaticales que desde muy viejos años han estado enseñándose y son poquísimos los que —tratándose de buena literatura— creen en ellas. La verdad es que desde "Cabo de Hornos", pasando por "Golfo de Penas" y "Tierra del Fuego" hasta "El témpano de Kanasaka", nadie que sepa leer a este gran escritor puede perder su tiempo en buscar comas que faltan, cambiar palabras que remecen, quitar durezas de sonido o de significado. Tan ingrata faena sería condenar a pan y agua a una prosa que se nutre con todos los accidentes naturales y todas las contradicciones humanas. El lenguaje de Coloane brota de la vida, de las soledades australes, de las culpas y las sordas grandezas de unos seres que a veces son asesinos, o vagabundos, o trabajadores dispuestos a pelearse la vida, sin chistar, contra las peores circunstancias, las más peligrosas compañías, los más tercos desamparos.

Esta fortaleza del idioma, que es áspera —diríamos que funcional—, está en armonía perfecta con las nevadas desolaciones de los parajes australes, con la taciturnidad y la repentina violencia de los personajes, que se someten al mandato de vivir desterrados de sí mismos porque algún grave tropiezo de la vida o alguna circunstancia difícilmente explicable los condenó. El narrador no se interesa casi nunca por averiguar en el pasado o en la intimidad de sus personajes el exacto por qué de su suerte actual. Los respeta. Va junto a ellos y no los traiciona. Son los personajes, y sólo ellos, los que se confiesan, nunca abiertamente —porque saben que el mucho hablar es un peligro—, pero, sí, a través de gestos repentinos, de actitudes dictadas por la astucia o por el miedo, y de palabras que toman por el final, o por el medio, cabeza o rabo, la confianza que empiezan a hacer y de pronto, mascullando, abandonan.

"El témpano de Kanasaka", publicado por Editorial Universitaria, reúne doce de los mejores cuentos de Francisco Coloane. Es una selección inmejorable. En este volumen de 134 páginas, muy corto para quienes estiman que una obra importante debe ser abultada, no sólo se puede apreciar el desenvolvimiento del escritor, con su espontánea reciedumbre que, sin menoscabarse, va adquiriendo cada vez una más consciente sabiduría de expresión, sino —además y ante todo— el sobresaliente realismo que lo sitúa entre los más destacados escritores del continente, afanados como él en proyectar en sus obras, insobornablemente, la vida americana como es, como obliga a ser vivida a todos los hombres que, en lucha con ella, a veces pierden su destino prometido, o lo forjan aunque sea desgarrándose la entraña.

Cuentos como "El australiano", "Cururo", "Perros, caballos, hombres", "Golfo de Penas", "La botella de caña" y —superándolos— "De cómo murió el chilote Otey", son una demostración clarísima de nuestra muy valiosa contribución a la literatura iberoamericana. Coloane no es rastreador de técnicas, un afinador de realidades, un beato de las fórmulas favorecedoras, como la de sexo y violencia desatados. Se limita a dar perdurabilidad literaria a tierras y hombres que conoce, que si son violentos es por naturaleza o por necesidad, nunca por retórica, y si fría o apasionadamente afrontan los instintos amorosos lo hacen como hombres reales, no como muñecos en zarabanda literaria. Celebramos esta recopilación de cuentos que merece la admiración de cuantos, en nuestra lengua, distinguen sin equivocarse entre buena literatura y otra cosa cualquiera que aspira a parecerlo.